

Mónica baila en una fiesta a la que había ido con una amiga que hacía intercambio de conversación con una francesa.

Era arquitecta, bueno, había estudiado arquitectura, pero no tenía trabajo.

Al menos se había presentado a unas oposiciones para dar clases de dibujo en Castilla la Mancha y había aprobado, pero eso no significaba que hubiera conseguido una plaza.

Estaba en las listas, lo que quería decir que en caso de baja de un profesor, la llamarían para hacer una sustitución.

De hecho ya la habían llamado hacía unos meses para dar clases en un instituto de Seseña, pero al final se había quedado sin el trabajo porque un inspector había averiguado que la profesora a la que sustituía no estaba tan enferma como decía.

Resulta que aquel municipio de Toledo necesitaba profesores porque a él se habían ido a vivir miles de familias madrileñas.

Era gente que procedía de otros barrios del sur de la ciudad, que al casarse y tener hijos habían tenido que descender aún más en la escala urbana.

La media de veinte kilómetros para llegar desde los barrios pobres hasta el centro de la ciudad, se había duplicado tras ese pelotazo inmobiliario; aunque a ella le parecía que el balón se les había salido del área.

Recordaba, mientras bailaba, que todo había empezado hacía unos diez años cuando España estaba a punto de entrar en el euro.

Por entonces se decía que había mucho dinero negro, y se aprovechaban las ventas de pisos para blanquearlo.

De repente la idea del negro y el blanco le hizo pensar en la imagen del ying y el yang.

A continuación se imaginó aquel negocio como un pozo negro, a hombres saliendo de entre los excrementos con las manos llenas de billetes, y a mujeres lavándolos, frotando concienzudamente hasta transformar las pesetas en euros.

Suponía que el mundo humano era así, que había pozos de agua limpia y pozos de agua sucia; mientras que en la naturaleza lo puro y lo impuro no se encontraban segregados, sino que los animales dejaban sus excrementos donde les coincidía sin por ello mancillar su mundo.

Así solía pasarse el día, pues tenía mucha imaginación.

Su padre, que la adoraba pero que había muerto de cáncer cinco años atrás, la animaba

a hacerse escritora.

Pero a ella la arquitectura también le parecía un buen terreno para emplear la imaginación, como habían hecho grandes maestros como Gaudí.

Además consideraba que los modos de habitar el espacio deberían cambiar, volverse todo más versátil, y las relaciones humanas también.

Su ideal, cuando empezó la carrera, era el de lograr construir viviendas sociales, o al menos edificios públicos.

Jamás aceptaría dibujar los típicos bloques de viviendas, porque le recordaban a las celdillas de las obreras y a las cárceles.

Había viajado a Portugal para ver la obra de Álvaro Siza, aunque en Berlín también había visitado su edificio conocido como Bonjour tristesse, tan gris como la vida en las ciudades, pero al menos se trataba de una bella metáfora de hormigón.

La materialidad de aquella obra tan profundamente espiritual le había llevado a recordar la bella pagoda de Fisac situada a orillas de la Avenida de América, más allá de las torres blancas de Oiza.

Su derribo me parece también otra buena metáfora de la triste realidad urbanística en Madrid, medita sin dejar de bailar.